

MONSALVO ANTÓN, José María, *Los conflictos sociales en la Edad Media*, Madrid, Editorial Síntesis, 2016, 387 pp., ISBN: 9788490774229.

DOI: <https://doi.org/10.24197/em.19.2018.438-440>

Abordar en la segunda década del siglo XXI una historia de los conflictos sociales en la Edad Media sorprende al lector en un primer momento. Parecía que alejadas las grandes obras de la historia de los movimientos sociales de la década de los 70 (Mollat-Wolff, Hilton, Macek) y abandonado el debate, alimentado en parte por una historiografía francesa empeñada en rebatir los postulados marxistas de la conflictividad social (Fourquin), que oponía coyuntura frente a estructura, clases frente a estamentos o revolución frente a revuelta, la historia de la conflictividad social había dejado de constituirse en un objeto de interés para la historiografía posterior al posmodernismo en general y para el medievalismo contemporáneo en particular. Sin embargo, en las cercanías del 2020, el profesor José María Monsalvo Antón nos sorprende con una interesante y sugerente síntesis de la conflictividad social en la Europa medieval.

Es cierto que estamos lejos de una obra inédita de investigación, a pesar de que muchas de sus conclusiones y capítulos se nutren de trabajos personales realizados a lo largo de una ya larga y exitosa carrera profesional (conflictividad urbana, judeo-conversa...). La obra se presenta, inicialmente, como un manual pensado para la docencia del alumnado del grado de historia, de ahí la cronología que acompaña como anexo el texto y, sobre todo, los comentarios de documentos históricos que se incluyen al final. Pero también, y además, constituye una completa y magnífica síntesis que permite a medievalistas o a aficionados a la Edad Media acercarse al conocimiento actualizado de la conflictividad social medieval, combinando los viejos postulados con las nuevas aportaciones de la historia social más reciente, la descripción de los hechos y de las coyunturas con un análisis centrado en el profundo conocimiento de los procesos estructurales de índole socioeconómica y sociopolítica, y el rigor científico con la claridad expositiva y la amenidad de lectura que requiere toda síntesis, y que a menudo hace más difícil esta tarea que la investigación monográfica especializada.

La propia estructura de la obra sería uno de los primeros puntos a destacar. Combina de una forma acertada cronología y tipología de los conflictos. El discurso expositivo se articula en torno a una línea cronológica clásica: Alta, Plena y Baja Edad Media, que reproduce convenientemente tanto la posibilidad de acceso a la información y, por tanto, a nuestros conocimientos sobre el período (menor en los primeros siglos de la Edad Media y mayor en los últimos), como la inserción de la coyuntura social en los grandes procesos estructurales que caracterizan cada

período y que están determinando una tipología concreta de conflictos sociales. Esencialmente rurales en el período altomedieval como corresponde a una etapa determinada por la resistencia a la señorialización y feudalización del espacio europeo; fundamentalmente urbanos en el período de la lucha por la emancipación y libertad de las comunas plenomedievales, aunque con referencia a las formas de resistencia pasiva y consensuadas de una comunidades rurales en plena expansión y bonanza económica y a las primeras violencias producto de la intolerancia, mesianismo y antisemitismo nacientes en el período plenomedieval; y, finalmente, la radicalización de los conflictos, coincidiendo con los movimientos antipatricos y populares de las ciudades bajomedievales, las complejas luchas campesinas contra los abusos señoriales y la carga fiscal de la creciente centralización del estado y los iluminismos y persecuciones religiosas de un sistema ideológico bajomedieval cada vez más intolerante con la diferencia y la disidencia; conflictos que se corresponden, todos ellos, con los cambios estructurales, y a menudo críticos, que esbozan ya la modernidad. Además, como el mismo autor afirma “la propia cronología que hemos ido aplicando sirve de asidero para poner cierto orden en la evolución tipológica” (p. 298) de una forma transversal, añadiríamos; de modo que es factible visualizar de esta manera la propia evolución secuencial de las luchas campesinas o de los conflictos urbanos a lo largo de todo el período medieval.

Esta acertada estructura tipológica-cronológica, impuesta -como el mismo autor afirma- por la priorización del discurso narrativo empírico frente a la exposición de debates historiográficos (p. 292), culmina con un capítulo final donde, a modo de balance, se abordan la polivalencia, transversalidad y homogeneidad en la heterogeneidad que caracterizó a la conflictividad social de la Europa medieval. Comenzando con la diversidad, polisemia y utilidad de las diferentes fuentes y siguiendo con las repercusiones, causas, secuencia histórica, represión, actuaciones, actores implicados, difusión, comunicación, discurso e ideologías se analizan, siempre en el marco de la heterogeneidad/homogeneidad, y desde la perspectiva de la historia comparada, los rasgos singulares, las implicaciones y las líneas comunes que articulan los pequeños, medianos y grades conflictos sociales del período medieval.

Ello permite, aunque están implícitas a lo largo de toda la obra, resaltar las aportaciones, a mi juicio, más importantes de esta obra de síntesis. Estas son, por un lado, la insistencia en la mayor frecuencia de los pequeños enfrentamientos locales, muchos de ellos persistentes, que de las grandes convulsiones. Lo que hace del consenso y la vía jurídica una forma de solución más habitual que la violencia. En segundo lugar la complejidad y variedad que afecta a actores, escenarios y motivaciones. En la actualidad, parece claro que los escenarios se solapan, a menudo son urbano-rurales y de forma idéntica son con frecuencia a la vez “antiseñoriales”, “antifiscales”, “contra la burocracia del Estado y los agentes regio”, “luchas intergremiales” e “inter-élites”. Otro tanto ocurre con los actores. Tradicionalmente campesinos en el medio rural, aunque el mismo autor advierte

que deberíamos sustituirlos por comunidades aldeanas (p. 311), burgueses en busca de libertades en las ciudades de los siglos XI-XII, gremios contra patricios o *principales* contra *comunes* en los siglos bajomedievales.

Ello complica los aspectos identitarios y, por consiguiente, las diferentes solidaridades, ideas, sentimientos y discursos. Hoy no podemos dudar de que los rebeldes poseían un discurso propio, pleno de viejos y nuevos recursos, profundamente arraigado en antiguos sustratos culturales populares y religiosos, pero en el que convivían elementos simbólicos y emocionales diversos que alimentaban identidades complejas, “que no nacían solo de la posición del individuo o del grupo en las relaciones sociales, sino de factores culturales, de oriundez, de lugares de residencia, convivialidad, costumbres o modos de vida” (p. 296).

El interés de la historiografía de las últimas décadas por la “historia desde abajo”, “las culturas políticas”, “el análisis socio-lingüístico del discurso” o la “antropología histórica” ha enriquecido la historia clásica de los movimientos sociales con nuevos enfoques, inéditos puntos de vista y nuevas y útiles categorías de análisis. Uno de los principales valores de la obra del profesor José María Monsalvo Antón ha sido recogerlos todos, los enfoques clásicos y los más modernos, en una síntesis actualizada que proporciona al alumnado y a todo aquel que desee y se interese por la historia de los conflictos sociales en la Edad Media una rigurosa y completa síntesis histórica.

Yolanda GUERRERO NAVARRETE
Universidad Autónoma de Madrid
yolanda.guerrero@uam.es